

LAS AVENTURAS
DE SIMBAD EL MARINO

LAS AVENTURAS DE SIMBAD EL MARINO

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte
Ilustración de cubierta de
Augusto Ferrer-Dalmau

Traducción del árabe de René R. Khawam

Traducción del francés de Manuel Serrat Crespo



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Notre-Dame de Paris*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: marzo de 2023

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2023

© de la ilustración: Augusto Ferrer-Dalmau, 2023

© Editions Phebus, París, 1985

© de la traducción: Manuel Serrat Crespo

© de la presente edición: Edhasa, 2023

Coedición especial entre Zenda y Edhasa (Zenda-Edhasa)

Diputación, 262, 2.º 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5573-4

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 3486-2023

Impreso en España

Mundo, asómbreme

ARTURO PÉREZ-REVERTE

El lector de aventuras que en otro tiempo fui llegó a *Las aventuras de Simbad el Marino* con la mirada cómplice de quien ya había disfrutado de algunas de las más inolvidables historias de mar y juventud: Salgari, Melville, Stevenson, Verne, Ballantyne, Homero... No es difícil imaginar a aquel niño de diez u once años fascinado por el primer encuentro con este Ulises oriental y sus viajes llenos de exotismo y exuberante imaginación, distinto a lo que hasta entonces había conocido y, sin embargo, tan familiarmente cercano a las costas remotas, los monstruos marinos, los temporales y los naufragios, las arriesgadas situaciones de aquellos otros.

La lectura de Simbad, su evidente parentesco con otros héroes ya leídos y conocidos —la asociación que hice con el errante Ulises de Homero fue inmediata—, despertó en mí por primera vez la idea de una conexión global del mundo: una especie de intuición de la existencia de un hilo que unía la memoria y la imaginación del ser humano a través de las geografías y los siglos, y que venía finalmente a confluír en los libros, o era posible gracias a ellos. En suma, *Simbad el Marino* supuso para mí la primera conciencia de una «Gran Biblioteca» en el sentido humanista, general, universal del término. Incluso, durante el episodio de la ballena que aparece en uno de los relatos, cuando un enorme cetáceo se dispone a engu-

lir al navegante y su barco, no pude menos que acordarme de *Moby Dick*, que había leído sólo unos meses antes: «Íbamos a entregar nuestra alma de un momento a otro y recitábamos ya la plegaria de los muertos; sin embargo, al mismo tiempo, ese enorme pez nos fascinaba, maravillados de estar ante tan gloriosa criatura de Dios».

Con el tiempo, con más lecturas y con la experiencia que dan los años, fui completando la complicada peripecia de este texto, o textos, que constituye por sí misma una aventura bibliográfica casi detectivesca. Aquel fascinante recorrido por la historia de este aventurero del siglo IX, en torno al año 221 de la Hégira musulmana, es precisamente lo que quiero compartir hoy con los lectores nuevos y con los veteranos lectores de tan extraordinarios relatos. Y es que *Las aventuras de Simbad* se construyó como un palimpsesto literario cuyos remotos orígenes hay que buscarlos en la tradición oral que finalmente quedó fijada en un primer cuento escrito en el Antiguo Egipto: *El cuento del naufrago o de la isla maravillosa*, contenido en el Papiro de Leningrado 1.115, escrito en hierático —una variante cursiva de la escritura jeroglífica— y descubierto por Vladimir Golenishchev en 1880, que hoy se custodia en el Museo del Hermitage de San Petersburgo. Los expertos desconocen el lugar donde se encontró el manuscrito o cuándo entró a formar parte de los fondos de dicho museo, aunque coinciden en que el original se escribió durante el Reino Medio, en los albores de la XII dinastía; un periodo de esplendor en el Egipto faraónico que permitió el desarrollo de una literatura de nivel excepcional.

La primitiva historia de aquel marinero, tal vez egipcio, se vio luego influida por elementos de la *Odisea* de Homero, de la que ya en el siglo VIII de nuestra era existía una traducción al árabe en la corte del califa al-Mahdi, y también por elementos pertenecientes al conocido *Romance de Alejandro*, biografía

de Alejandro Magno narrada por el Pseudo Calístenes y compuesta a fines del siglo III o a comienzos del siglo IV. A estos elementos y a muchos otros se sumaron en la Edad Media *El Libro de los animales* de Al-Jahiz y otras historias orales referidas por navegantes. Los expertos también hacen referencia a la influencia que ejerció en la evolución bibliográfica de Simbad la narración de las siete navegaciones históricas por el océano Índico de Zheng He, mercenario musulmán del siglo XV a sueldo de China, conocido popularmente como Ma Sanbao, nombre que fonéticamente se acerca mucho al del héroe árabe.

En este punto debo hacer una pausa-homenaje; porque, pese a tan ilustres antecedentes, el marinero Simbad no llegó a ser verdaderamente conocido por los lectores de Occidente hasta que diversos azares bibliográficos de traductores y copistas coincidieron en uno de ellos: el francés Antoine Galland (1646-1715), traductor de *Las mil y una noches* y principal responsable de los acontecimientos posteriores. Especialista en inscripciones y lenguas antiguas, catedrático de árabe en el Colegio de Francia, Galland compiló un catálogo con los manuscritos orientales de La Sorbona, trabajó durante años en la embajada francesa en Constantinopla y obtuvo un vasto conocimiento de las lenguas y literaturas árabe, turca y persa. Y fue él quien, por su cuenta y entusiasmo, incluyó el manuscrito de Simbad en el conjunto de cuentos de *Las mil y una noches*, al que no pertenecía originalmente, tan complacido por su lectura que llegó a escribir que en aquel texto pasaban «tantas cosas y aventuras que no hay nada parecido ni en las obras de nuestros antiguos romanos».

La versión de Galland que incluía los relatos de Simbad fue difícil de superar hasta que el médico y poeta Joseph-Charles Mardrus, natural de Beirut, ofreció a finales del siglo XIX una nueva traducción francesa que actualizaba la obra. Presentada como la versión más correcta del texto árabe original,

el público francés acogió con entusiasmo esta nueva traducción *Belle Époque* que algunos escritores del momento, como Marcel Proust o André Gide, colmaron de elogios. Las *Noches* de Mardrus fueron durante prácticamente todo el siglo xx la versión francesa más apreciada, hasta la publicación de la nueva traducción de René Khawam (nacido en Alepo en 1917) a mediados de los años ochenta. La de este traductor y crítico supuso un revolucionario jarro de agua fría para la tradición literaria; porque, según demostró con claridad, el relato de *Los siete viajes de Simbad el Marino* no formaba parte de las *Noches* hasta que fue incluido en ellas entre los siglos xvii y xviii, «y con mucha timidez aún, según la fantasía de los copistas». Es la versión de René Khawam, por tanto, desgajada del conjunto ajeno al que artificialmente había sido unida, la que esta excelente edición de Zenda-Edhasa ofrece ahora a los lectores, limpia e independiente, traducida al español por Manuel Serrat Crespo.

Tan larga y azarosa vida de papiros, rollos, pergaminos y manuscritos, desde los jeroglíficos egipcios al califato árabe, pasando por las muchas variantes volcadas a diversas lenguas hasta llegar, ahora, a las afortunadas manos de quien se disponga a disfrutar de este relato, tal vez no tenga demasiada importancia para quienes se den por satisfechos sólo con tan maravillosas aventuras, lo que ya sería motivo suficiente para leer el presente libro. Pero es cierto que el conocimiento, aunque sea somero, de las vicisitudes sufridas por uno de los más antiguos y hermosos textos aventureros de la literatura universal, con toda su carga de vidas, voces, geografías, bibliotecas y añadidos, aporta un extra de valor a la vieja historia del marino Simbad. Decía el tramposo, genial y sabio Jorge Luis Borges, adorador sin reservas de esta historia, que *Las aventuras de Simbad el Marino* no es que nos recuerde al Ulises de Homero, sino que más bien son Ulises, el Mediterráneo y sus

héroes los que están en deuda con Simbad. «Cada cierto tiempo», escribió el argentino, «Occidente está obligado a mirar hacia Oriente para rejuvenecer».

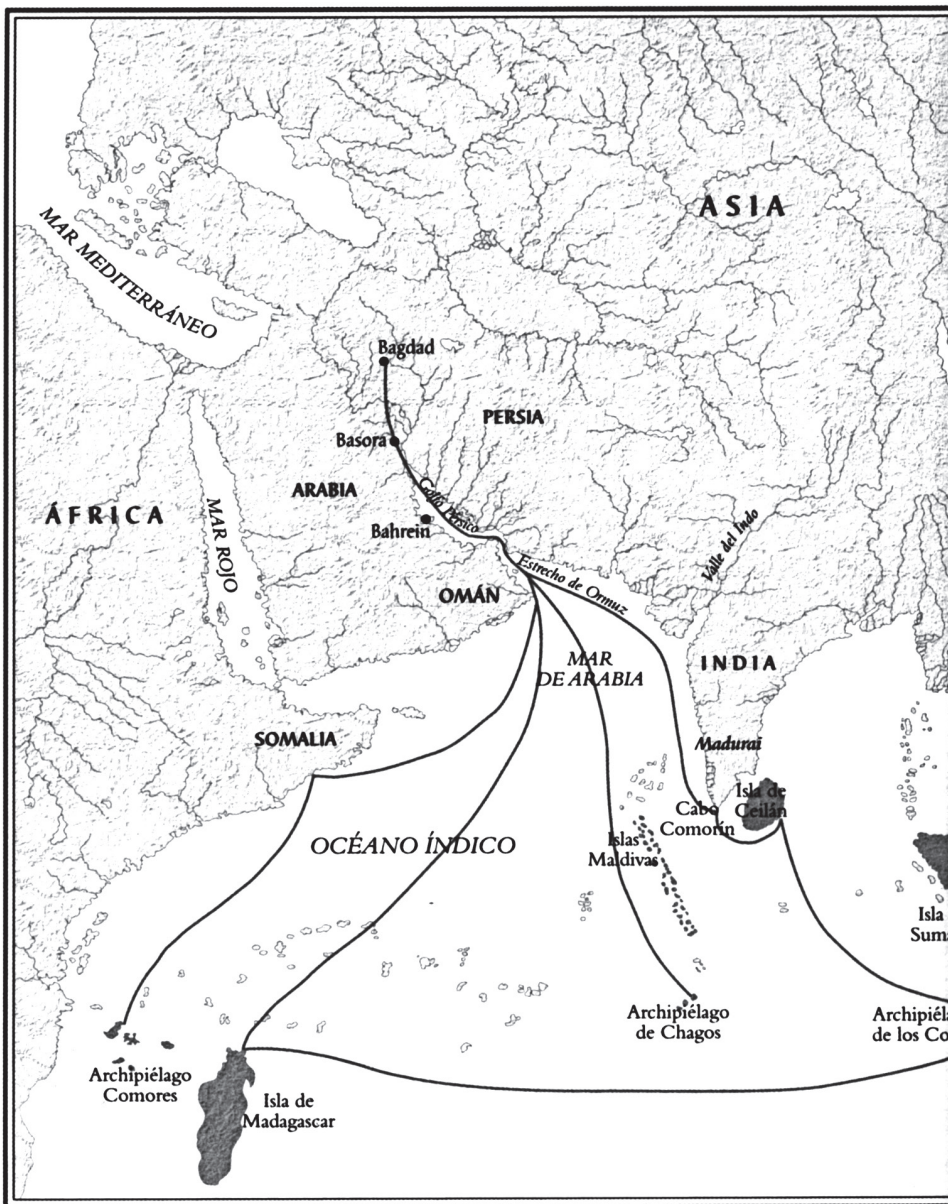
Odiséico acérrimo como soy, admirador incondicional del asendereado Ulises desde niño, no puedo estar de acuerdo con la afirmación borgeana. Conociendo al viejo y taimado maestro, no me cabe duda de que en ella anida no poca provocación y mucha ironía. Pero aplaudo lo principal: es cierto que el marino Simbad resulta un admirable paralelo, contrapunto, complemento o como queramos llamarlo, de las andanzas del personaje de Homero. Con la diferencia notable, y ésta sí juega a favor del navegante oriental, de que sus relatos constituyen una de las fuentes más fiables y abundantes para conocer la ciencia náutica de los marinos y comerciantes árabes cuando éstos sucedieron, dos siglos después de Mahoma, a los grandes conquistadores del islam: el ambiente del puerto de Basora a mediados del siglo IX, la Bagdad del legendario califa Harún al-Rashid, en cuyas calles se cruzaban lenguas, religiones y razas, y un océano Índico todavía no cartografiado al detalle, donde quienes se arriesgaban a navegar y comerciar —marfil, piedras preciosas, sándalo, ámbar— podían encontrar la fortuna, pero también el naufragio y la muerte.

Como escribió René Khawam en el prólogo a su propia traducción, Simbad el Marino no intenta parecer un santo. Lo veremos generoso, simpático, deseoso de hacer el bien a sus semejantes, pero también —muy cercano en esto al Ulises homérico— «lo veremos matar sin vacilar a víctimas inocentes para salvar la vida, mentir por cálculo a un valiente capitán que acaba de salvarle la vida, negarse a compartir su pan con naufragos menos afortunados que él»... Navegador errante, viajero en continuo desafío a la Fortuna, incluso en sus más relajados momentos Simbad se siente impulsado por una curiosidad que lo mantiene en movimiento. El ansia de riquezas y de aventu-

ras —«indistinguibles una de otra», afirma Khawam— lo arrojan una y otra vez a las más arriesgadas andanzas. Porque lo que no puede nuestro héroe es quedarse quieto. Lo que hace en realidad, lo que verdaderamente anima su espíritu imbatible, es dirigir una contundente interpelación al mundo, los peligros y las gentes que lo pueblan. Algo que puede resumirse de modo perfecto en una sola palabra: «Asombradme».

Estoy seguro de que, como a mí cuando leí por primera vez este libro portentoso, *Las aventuras de Simbad el Marino* también asombrarán al lector.

MAPA DE LOS VIAJES
DE SIMBAD EL MARINO





El primer viaje (dos años):
el archipiélago de los Cocos,
Sumatra y la isla de Célebes.

El segundo viaje
(un año y medio):
Madagascar, el interior de
Borneo y la cuenca del Rayang
(noroeste de Borneo).

El tercer viaje (tres años):
de nuevo Borneo, y luego Java.

El cuarto viaje (seis años):
el mar de Java, la isla de
Belitung, el sur de Sumatra y
otra vez el archipiélago de los
Cocos.

El quinto viaje (dos años):
la costa oriental de África,
Somalia, la isla de Mouya ante
las costas de Anjouan (en el
archipiélago de las Comores),
la isla de Chagos al sur de las
Maldivas y las explotaciones
periféricas de Bahrein.

El sexto viaje (tres años):
los arrecifes del cabo Comorín
en la punta sur de la India,
la región de Madurai (India
del sur), la isla de Ceilán y los
parajes de Ormuz en la ribera
del golfo Pérsico.

El séptimo viaje
(veintisiete años):
China (el puerto de
Tien-Tsin, al norte del país) y
Japón (la isla de Kiou-Siou o
Kyushu).

En el nombre de Dios, el Clemente, el Señor de misericordia.

¡Que la salvación sea sobre nuestro maestro Mahoma y sobre su familia!

Comenzamos, con la ayuda de Dios el Altísimo y su perfecto socorro, a componer el relato de las narraciones de Simbad el Marino y Simbad el mozo de cuerda, que vivieron en tiempos del califa Harun al-Rashid¹.

1. Harun al-Rashid, califa de la dinastía de los abasíes. Reinó en Bagdad del año *ca* 786 al 809.

ENCUENTRO DE SIMBAD EL MARINO Y SIMBAD EL MOZO DE CUERDA

Se cuenta —pero Dios es más sabio que nosotros sobre las cosas ocultas, está más informado que nosotros sobre los acontecimientos que sucedieron, más instruido de lo que afirma la gente del pueblo—, se cuenta que en tiempos del califa Harun al-Rashid había en Bagdad un hombre al que llamaban Simbad el mozo de cuerda. Era muy pobre, indigente incluso, y llevaba cotidianamente fardos a cambio de un salario. Cierta día, a la hora del calor más intenso, cuando debía transportar una pesada carga hasta un lugar especialmente alejado, la desesperación se apoderó de él, y muy pronto la inquietud y la angustia comenzaron a atormentarlo. Puesto que el calor se hacía cada vez más abrumador, tanto que se creía en un auténtico horno, y el sudor chorreaba por su cuerpo, se dijo:

«Busquemos una calleja a la que pueda refrescar una corriente de aire, o tal vez incluso una leve brisa».

Anduvo un poco más y llegó a un lugar donde el suelo había sido barrido y rociado con agua de rosas, y se olía el aroma de la madera de aloe quemada en el fuego, mezclado con el del ámbar gris. Junto a una puerta había un ancho banco de piedra. El mozo de cuerda dejó allí su fardo y se sentó para descansar, recuperar el aliento y retomar fuerzas.

Cuando estaba así, reposando, lo sorprendieron de pronto unos deliciosos efluvios que brotaban de la puerta entornada y

que parecían emanar de platos sabrosos en alto grado. Al mozo de cuerda le complació respirarlos. Oyó entonces, desde el interior de la casa, las armoniosas notas de un arpa persa y un laúd acompañando unas arrobadoras voces que declamaban extraordinarios poemas. Era fácil imaginar hermosas mujeres pulsando las cuerdas de los instrumentos, entregadas por completo al placer de la melodía realzada, más aún, por el son de una flauta.

Trinando en sus distintos lenguajes les respondían pájaros como la tórtola, la calíope, el mirlo, el ruiseñor, la paloma torcaz y el chorlito real. El mozo de cuerda fue primero presa de gran maravilla, y muy pronto de un vivo transporte de júbilo. Respiró a pleno pulmón los distintos perfumes: olores de almizcle, de ámbar gris, de maderas de aloe, y sabrosos aromas de manjares como carnes asadas, salteadas, cocidas en estofado, perfumadas o fritas en la sartén del más apetitoso modo. Dio unos pasos y descubrió, en el interior de los muros del recinto, un gran jardín decorado como sólo podían estarlo los de los reyes y los sultanes. Entre el jardín y los aposentos contiguos iban y venían una multitud de servidores, hermosos como lunas y vistiendo suntuosas túnicas de brillantes colores, y aquel espectáculo llenó de satisfacción los ojos del mozo de cuerda y sumió su espíritu en una beatífica quietud.

Preguntó:

—¿A quién pertenece este lugar?

Le respondieron:

—A Simbad el Marino.

Sintió el corazón en un puño y se dijo:

«¿Para qué fatigarse como lo hago? ¿De qué me sirve la penalidad que soporto?».

Luego, improvisó los siguientes versos:

Un glotón se atiborra aquí de robadas riquezas
y de sombra propicia, mientras yo corro tras

algunas legumbres para subsistir
y ni siquiera tengo la suerte de encontrarlas.

Esta gente se permite una buena digestión,
colmados de rebuscados placeres,
mientras que yo pido tan sólo
mi ración de cada día
que de mí se aleja siempre.

Por fin, levantando los ojos al cielo, dijo:

—¡Gloria a ti, oh, Señor! Te he tomado como botín, oh, Creador de todas las cosas, a ti por quien todo sucede. ¡Oh, Dios, Dios nuestro, imploro tu ayuda contra la intensidad de mi fatiga y de mi pena! Te pido perdón por mis faltas y me arrepiento de mis vicios. Señor mío, no pongo objeción alguna al modo como tratas a tus criaturas. Nadie debe hacerte preguntas sobre tu conducta. Estás perfectamente informado sobre las cosas que se nos ocultan. Tu omnipotencia se ejerce sin límites sobre lo que tú has decidido realizar. ¡Gloria a ti, oh, Señor mío! ¡Que tu rango sea elevado! Que tu poder sea fuerte. Enriqueces a un hombre aunque se halle en estado de libertinaje, empobreces a otro aunque viva en tu obediencia. El poseedor de esta mansión se llama Simbad y también yo me llamo Simbad. Me hallo en esa miseria y fatiga extremada que tú conoces, soportando la desgracia y la pena todos los días de mi vida, sin siquiera poder saciarme con un pan de cebada. Y este rebelde, sin sentir dificultades ni cansancio, saborea el bienestar cada uno de sus días, se abandona a transportes de júbilo, se distrae, pasa el tiempo en ociosidad y delicias, ciñe cualquier cuerpo de talle armonioso y fresco que se le ofrece. Esa gente intensifica su felicidad con toda suerte de placeres, posesiones y temporales agrados. ¡Oh, Dios, que tu rango sea elevado! ¡Que tu poder sea fuerte! ¡Que tu conducta sea perfecta en los asuntos de este mundo!

Tu clemencia se ejerce, oh, Señor, para con todas tus criaturas y tú les has concedido tus favores. Pero las hay entre ellas que gozan del reposo, mientras que otras, extenuadas y siempre privadas de placeres, se hacen cada vez más miserables a medida que el tiempo transcurre.

Tras haberlo dicho, bajó los ojos al suelo, suspiró de pesadumbre y recitó, con el corazón entristecido, los siguientes versos:

¡Ah! ¡Cuántos infelices privados de reposo!
¡Y cuánta gente afortunada que descansa
en la más deliciosa de las sombras!

Pero debo soportar una fatiga que aumenta sin cesar,
condenado a sufrir ese insensato destino:
¡Portador de un fardo que se hace cada vez más pesado!

Sin embargo, otro, afortunado, no sufre desgracia alguna
e ignora incluso qué es la pesadez del mundo
bajo la que sucumbo día tras día.

Unos saborean el placer a lo largo de toda su vida,
entregándose al ocio y a los juegos del poder,
teniendo a saciedad alimento y bebida.

Sin embargo, todas las criaturas han nacido
de la misma gota de líquido, tanto yo como éste
y tanto éste como yo.

Henos aquí, compañeros de fortuna, recibiendo el mismo
[socorro,
¡pero qué diferencia entre ambos!
¡La que distingue el vinagre del vino!

¡Pero no quiero mentir sobre ti, oh, Dios!
Pues eres sabio
y has juzgado con justicia.

Tras algún tiempo, añadió:

¡Oh, tú, que mendigas tu subsistencia cotidiana
buscándola en todos los horizontes,
ahorra tus fuerzas, pues ese alimento
se reparte entre los seres de un modo muy raro!

¡Se ofrece a aquel
que no lo busca,
y el que lo busca se ve privado de él
y va reclamándolo por todas partes!

Apenas había terminado Simbad de recitar sus versos cuando un criado salió del edificio principal. Parecía disfrutar de una excelente salud, ofrecía a la mirada un cuerpo perfecto e iba ataviado con lujosos vestidos. Avanzó hasta que llegó cerca del mozo de cuerda; luego, habiéndolo tomado de la mano, tiró de él para que lo siguiera, diciendo:

—Entra en esta casa y ven a hablar con mi dueño, que te llama.

El mozo de cuerda no podía resistirse a semejante invitación. Cruzó el jardín siguiendo al hombre y llegó así al vestíbulo de la suntuosa morada: estaba bellamente construida y parecía contener gran número de estancias. Depositó allí su carga, confiándola a los cuidados del portero.

Penetrando más adentro, se encontró en un acogedor salón provisto de cuatro estrados más elevados, dominado cada uno de ellos por un arco de hermosas piedras. El centro de la estancia estaba adornado con una agradable alberca, que in-

cluía un surtidor alimentado por un depósito que aseguraba su presión. En los muros se abrían ventanas que daban al jardín. Éste tenía la más hermosa disposición y estaba concebido de tal modo que el céfiro podía soplar con toda ligereza. Los pájaros que allí retozaban parecían conversar entre sí, corrían menudos arroyos, entremezclando sus aguas, y los árboles se doblaban bajo sus frutos hasta las ramas más altas.

Introdujeron al mozo de cuerda en un salón donde se había reunido una numerosa concurrencia: maestros ilustres y mercaderes importantes rodeados de algunos invitados de aspecto más modesto. Ante ellos se extendía una mesa rebosante de suculentos manjares de los más variados colores, cargada de cazoletas para perfume y de frascos donde se habían decantado las bebidas. Alrededor circulaban jóvenes sirvientes cuya belleza no soportaba defecto alguno, y otras tantas resplandecientes muchachas parecidas a la luna llena levantándose sobre el horizonte. Todas llevaban en sus manos instrumentos de música muy propios para hacer que naciese la alegría en los corazones.

El mozo de cuerda se acercó a aquella gente distinguida y dijo:

—¡Que la salvación sea sobre vosotros!

Besó luego la tierra en señal de respeto y se dijo para sí: «¡Ningún lugar, de no ser el Paraíso, se parece a éste!».

Los comensales respondieron a su salutación dándole la bienvenida. Mientras examinaba atentamente a la concurrencia, distinguió entre las personas presentes a un hombre sentado en el lugar de honor: la edad sólo lo había rozado marcándolo con unas escasas canas; su rostro era agradable de ver; ninguna enfermedad parecía haberlo menguado. Inspiraba a su entorno tanto respetuoso temor como veneración.

En su calidad de dueño de la casa, el hombre saludó por segunda vez a su nuevo huésped, le dio la bienvenida, lo hizo subir al estrado y lo invitó a sentarse a su lado. Tras haberle

dirigido unas palabras amables, le sirvió alimento y bebida, y lo trató con tanta amistad que la emoción y la timidez que turbaban el ánimo del mozo de cuerda pronto se atenuaron. Cuando éste sintió su corazón en paz y su cuerpo en reposo, Simbad el Marino le preguntó:

—¿Cómo te llamas, hermano mío? ¿De qué país eres? ¿Y cuál es tu oficio?

—Oh, dueño mío —respondió el mozo de cuerda—, mi nombre es Simbad el mozo de cuerda, pues mi oficio consiste en transportar fardos, gracias a lo que consigo ganar mi alimento cotidiano. No tengo más ocupación que llevar cargas. Soy un extranjero, el más pobre que existe, y nada poseo. Trabajo así sólo para poder subsistir día tras día.

El dueño de la casa le sonrió y dijo:

—Sé bienvenido a mi casa, oh, mozo de cuerda. Tu presencia nos honra. Sentimos un gran placer al hablar contigo. Mi nombre es como el tuyo. Soy Simbad el Marino, y tú eres Simbad el mozo de cuerda. Te has convertido, ahora, como en mi hermano. Pero te he llamado para que me hagas escuchar de nuevo los versos que has recitado hace un rato, en la puerta de mi casa. Estaba yo junto a la ventana, los he oído y me han gustado.

Simbad el mozo de cuerda sintió cierta vergüenza por haberse abandonado a hablar en voz alta, unos momentos antes, mientras reposaba un poco junto al portal.

—Por Dios que está por encima de ti —le dijo al dueño de la casa—, no me guardes rencor por esas palabras. La excesiva fatiga, la desgracia continuamente sufrida, la pena, la escasez de dinero, todo ello engendra en el hombre tonterías y le hace olvidar las reglas de la buena educación. He hablado, pues, sin reflexionar; perdóname.

—No te avergüences por ello —replicó Simbad el Marino—, nada tienes que temer.

El mozo de cuerda volvió a recitar los mismos versos. Simbad el Marino los escuchó atentamente y, una vez más, lo complacieron. Le dio las gracias y le expresó por fin su reconocimiento, felicitándolo por haber aceptado tan pronto su invitación. Luego añadió:

—Has de saber, oh, mozo de cuerda, que son los mercaderes y los hombres importantes de la ciudad los que me llamaron «Simbad el Marino». Has creído que este reposo, esta vida paradisíaca, los había yo obtenido sin haber soportado la menor fatiga, sin haberme enfrentado con dificultades, sin haber sido abrumado por grandes desgracias. Lo juro por Dios, mi pena fue la más intensa entre todas las que soportan los hombres y mi tormento fue más vivo que todos los que han puesto a prueba a mis semejantes. Los espantos, la fatiga, las aflicciones que he sufrido son capaces de arrojar en el más total pasmo los ingenios y las imaginaciones. Eventuales oyentes, sólo con oírlas contar, sentirían que su angustia los sobrepasa y su inteligencia se extravía, aunque resultaran ser de éstos a quienes llaman gente de experiencia.

Calló por un momento y luego prosiguió, dirigiéndose al conjunto de sus huéspedes:

—Oh, maestros, escuchad el relato de lo que me ocurrió en el curso de los siete viajes que emprendí. Me dispongo a detallaros los pesares y las dificultades que soporté, las mil situaciones con las que debí enfrentarme, las muertes terribles y detestables que estuvieron a punto de aniquilarme y a las que escapé. Son historias muy extrañas, aventuras fascinantes y maravillosas...

Tras ello, Simbad el Marino ordenó que alguien se encargara de llevar a su destino el fardo de Simbad el mozo de cuerda. Por fin, una vez ejecutada la orden y resuelto el asunto, tomó de nuevo la palabra y consideró un deber contar la historia del primero de sus siete viajes.

PRIMER VIAJE

LA ISLA MOVEDIZA Y LOS CABALLOS DE MAR

Sabed primero que mi padre, que había conseguido amasar grandes riquezas, resultaba ser uno de los mercaderes de más renombre de esta ciudad. Cuando, librado a la misericordia de Dios, no estuvo ya en este mundo, heredé de él mucho dinero, numerosos bienes raíces y una reputación de las más envidiables. Lo aproveché para vivir mejor y no tardé en dilapidar mi fortuna en festines donde se reunían mis amigos íntimos y muchos otros invitados.

No despertaba de mi embriaguez y mi necesidad; sólo fui arrancado del sueño en que se encontraba sumido mi espíritu cuando me fue necesario advertir que mis riquezas se habían desvanecido, y con ellas el sentimiento de felicidad que hasta entonces había sido mío. Volví en mí en un estado de absoluta consternación. Hice mis cuentas pasando revista a mis bienes reales y mis reservas: llegué a la conclusión de que el peligro de perderlo todo no era quimérico y debía temer la pobreza. Esta perspectiva me pareció insoportable. Recordé entonces las palabras de Salomón, hijo de David —¡que para ambos llegue la salvación!—, tal como están consignadas en una de las fórmulas de su sabiduría: «Tres cosas valen más que otras tres: más vale el día de la muerte que el día del nacimiento; más vale un perro vivo que un león muerto; más vale la tumba que

la pobreza». Por consiguiente, me apresuré a reunir lo que me quedaba de objetos preciosos, mobiliario de valor, hermosos vestidos..., en resumen, de mercancías susceptibles de ser cedidas a buen precio. Las hice llevar al mercado para venderlas, cobré el costo, que conservé cuidadosamente, y añadí así, cada vez, una pequeña suma a otra.

El total alcanzó muy pronto la cantidad de tres mil monedas de plata. Comencé entonces a frecuentar las reuniones de mercaderes y viajeros, pidiendo consejo a todos los que pasaban por expertos en el comercio con los países lejanos. Procuraba ahora ajustar al máximo el ritmo de mis gastos diarios, cuidando mucho de no ir más allá de las posibilidades de mi bolsa, hasta que tomé la decisión de emprender un viaje. Cuando mi espíritu hubo dado su pleno consentimiento al proyecto, recordé estos versos de un poeta:

Nuestro rango en la sociedad se eleva
en función de los esfuerzos que hemos sabido desplegar.
Quien busca la grandeza
pasa sus noches en interminables viglias.

Exiges poderío
pero por la noche te duermes,
mientras que el pescador de perlas
no vacila en zambullirse en aguas profundas.

Quien desea la gloria
pero no se empecina en la labor
pierde su vida entera
buscando lo imposible.

Me procuré los productos que los mercaderes solían utilizar en su comercio con lejanos países, y me dirigí hacia el

puerto de Basora en compañía de algunos negociantes que iban también allí, tras haber tenido la precaución de elegir compañeros de camino cuyo carácter se adaptara al mío. Una vez embarcado, nos encontramos en ese mar oriental que está flanqueado a la derecha por Arabia y a la izquierda por Persia. Se dice en el *Libro de los reinos y las rutas*: «La orilla de este mar se extiende, primero, en unos setenta parasangas. Más adelante, en la misma dirección, se encuentran el país de los Zandjs y al-Qulsum, más allá del otro mar oriental, el más vasto de los dos; la longitud de sus costas, desde al-Qulsum hasta la ciudad de al-Wiqaf, es de cuatro mil quinientos parasangas.¹ De este mar, que baña el país de los Zandjs y Etiopía, se extrae el ámbar amarillo y las más grandes perlas que puedan encontrarse».

Cuando hubimos llegado a alta mar sentí que mi salud se debilitaba un poco, molesto como estaba por el efecto de las olas y el constante balanceo del navío. Pero muy pronto mi temperamento se sobrepuso y recuperó su equilibrio. Bogamos así cierto número de días y de noches. Abandonábamos un mar para entrar en otro, dejábamos un continente para dirigirnos a otro, nos alejábamos de una isla para ir hacia otra y, durante todo ese tiempo, vendíamos, comprábamos y, a veces, nos dedicábamos incluso al trueque. Nuestro viaje estaba ya muy avanzado cuando, un buen día, llegamos a la vista de una isla verdeante, hermosa, cuyo suelo llano estaba tapizado de césped: podrías creerte en los jardines del Paraíso. El capitán del navío hizo arriar la gran vela y dio orden de recoger la de mesana y echar el ancla. Tomamos nuestras disposiciones para permanecer cierto tiempo en la costa de esta isla. Los mercaderes abandonaron el navío y fueron a relajarse dando

1. Es decir, 28 800 kilómetros. Se trata, para los navegantes, de la longitud total de las costas con sus escotaduras. (*N. del E.*)

unos pasos por la orilla o tendiéndose en la hierba. Algunos de ellos construyeron un hogar, encendieron fuego e hicieron hervir agua en un gran caldero para lavar allí sus ropas. Otros quisieron prepararse una comida caliente. Otros más, encantados por el brillo del césped, se sentaron en grupo, sin más remilgos, para degustar algunos alimentos fríos y ocuparse en beber, reír, tocar diversos instrumentos de música o, sencillamente, descansar. Por mi parte, fui de aquellos que eligieron explorar las costas de la isla.

Mientras nos dedicábamos así a matar el tiempo, he aquí que, bruscamente, el suelo de la isla comienza a moverse y a temblar. El capitán, que se mantenía de pie a bordo de su navío, empieza a gritar con su más alta voz y se dirige a nosotros en estos términos:

«¡Buena gente, oh, pasajeros del navío, intentad salvar vuestra vida! ¡Volved al barco! ¡Hacedlo presto! Volved a bordo y dejad ahí todo lo que os ocupa. Pensad sólo en vuestra liberación, ¡evitad a vuestra existencia el riesgo de una perdición definitiva! Esta isla en la que os halláis no es realmente una isla. ¡Es un pez gigantesco que flota en la superficie de las aguas! Ha debido de permanecer inmóvil mucho tiempo, se acumularon en su lomo los aluviones y crecieron esas plantas que habéis visto. Cuando habéis encendido fuego, ha notado el calor de la hoguera y ha comenzado a moverse. ¡Helo aquí disponiéndose a zambullirse con vosotros hasta el fondo de las aguas! ¡Intentad, pues, salvar vuestra vida! ¡Corred todos sin demora, volved pronto a bordo!».

La isla, con todos los que estaban encima, no tardó, en efecto, en hundirse, como aspirada hacia el fondo del mar. Unos comenzaron a nadar y pudieron así llegar al barco. Otros se ahogaron. El navío abandonó muy pronto el lugar de la catástrofe y se dirigió a alta mar, asaltado por las olas y golpeado brutalmente por los embates del océano agitado.

Yo formaba parte, desgraciadamente, del grupo de quienes se habían quedado atrás. Me hallaba aún en la isla cuando advertí que se hundía en las aguas. Dios el Altísimo me concedió, sin embargo, el favor de poner en mi camino una gran tina de madera, de aquéllas en las que, momentos antes, los viajeros lavaban su ropa. Me agarré a ella, aferrándome fuertemente con ambas manos, y comencé a agitar los pies con todas mis energías mientras las olas y los vientos se divertían conmigo, a su entera guisa. Divisaba yo el barco en el que había navegado: estaba ya lejos. ¡Nunca podría llegar hasta él! El día había huido con su luz, había llegado la noche con su oscuridad. La imagen del navío se esfumó poco a poco; muy pronto no la vi ya. A mi alrededor rugía el mar tempestuoso, las olas se elevaban cada vez más. Se irritaban, se golpeaban una a otra, jugaban conmigo lanzándome unas veces a la derecha, otras a la izquierda, empujándome sin cesar hacia un lado y luego hacia el otro.

Permanecí en esta situación hasta que amaneció. Mi alma estaba a punto de abandonar el cuerpo. Por todas partes, y de mil modos distintos, la muerte se ofrecía a mi mirada. De pronto, una ola me levantó lanzándome con violencia hacia lo que reconocí como una costa abrupta: no había allí playa alguna cómoda donde poder hacer pie. Por fortuna, los árboles que crecían en la orilla extendían sus ramas a ras de las olas. Agarré una de esas ramas. Pero, agotado por los numerosos tormentos que acababa de soportar, estuve muy pronto a punto de soltar mi presa, abandonarme y perecer. Entonces, reuniendo toda mi energía, toda la fuerza de la que era capaz, procuré asegurar mi presa lo mejor que pude hasta que estuve, por fin, en condiciones de trepar a lo alto del árbol. Luego ya sólo me quedó bajar por el otro lado, donde encontré de nuevo la tierra firme. Contemplé mis piernas: los peces las habían atacado y habían dañado considerablemente las partes

carnosas; algunos de ellos habían, incluso, comenzado a mordisquear los dedos de mis pies. Me tendí en el suelo, como un muerto, y permanecí acostado en ese estado hasta el alba del segundo día.

La mañana se levantó y el sol extendió sobre mí sus rayos. Me incorporé porque había que buscar en aquella isla algo que comer. Me puse, pues, en marcha, consiguiendo apenas mantenerme en pie entre dos caídas, la mayor parte del tiempo arrastrándome con ayuda de mis manos, y obligado además a sentarme a cada instante para recuperar algo de mis fuerzas. Estaba hambriento y extenuado. Mi alma estaba a punto de escapar, y yo carecía de poder alguno para retenerla. Comencé a comer todo lo que caía en mis manos, advirtiendo perfectamente que sólo eso podía mantenerme vivo: hojas de árboles, plantas diversas, hierba, frutos, todo valió.

Poco a poco recuperaba el aliento, encontraba el descanso. Mi alma me fue devuelta. Al cabo de un rato noté que había recobrado vigor bastante para desplazarme sin excesivo padecimiento. Decidí seguir por la costa de la isla y no tardé en sentir un gran placer en circular así, libremente, entre los árboles. Con sus ramas me fabriqué unos bastones. Me apoyaba en ellos para sostener mis pasos y pronto encontré un manantial que daba un agua fresca, de sabor muy agradable. Bebí, y luego llegó una nueva noche que me permitió dormir bien y reunir todas mis fuerzas. Al despertar pude procurarme algo para comer y saciarme. Comencé entonces a explorar la isla, siguiendo hacia delante, y me hallé algún tiempo después fuera del abrigo de los árboles.

Mi mirada había sido atraída por un objeto que distinguía a lo lejos, justo a orillas del mar: parecía un animal; sin duda alguna bestia de carga, pensé. Tras haberme acercado un poco con la ayuda de mis muletas, advertí que se trataba de una yegua atada a una estaca. En cuanto me divisó, comenzó

a relinchar con fuerza en mi dirección. Sentí miedo y quise volver sobre mis pasos, pero he aquí que una voz de hombre resonó en mis oídos. Parecía llegar del propio interior de la tierra. Me volví hacia el lugar de donde se habría dicho que brotaba, pero no había nadie. Entonces, la voz se dejó oír por segunda vez:

—¿Quién eres? —me preguntó—. ¿De dónde vienes y por qué razón te encuentras en este lugar?

—Oh, mi señor —respondí—, soy un extranjero. Viajaba en un navío que ha naufragado. He conseguido poner pie en esta isla, pero ignoro en qué dirección orientar mis pasos para hallar un lugar habitado.

Apenas hube respondido, el ser que se había dirigido a mí desde el interior de la tierra apareció ante mis ojos. Era un hombre de aspecto decidido, cuerpo fuerte y poderosa constitución. Se acercó a mí, me tomó de la mano y me invitó a seguirlo. Tras haber dado unos pasos, nos hallamos en un subterráneo excavado por manos humanas. Seguimos avanzando para llegar, por fin, a una vasta sala dispuesta del modo más confortable. El guía hizo que me sentara en el lugar de honor y me ofreció alimento. Me instalé y comí hasta saciarme, y más aún. Mi alma se había tranquilizado, mi temor se disipaba, y cuando mi anfitrión pudo advertir que había descansado y estaba lleno de confianza, me pidió que le contara, con todas las precisiones posibles, mi aventura, sin olvidar un ápice de los acontecimientos que había vivido. Lo puse al corriente de lo que acababa de sucederme y le narré toda mi historia desde el momento en que había abandonado mi patria hasta la hora de nuestro encuentro. Le describí detalladamente las espantosas tribulaciones que había tenido que soportar, lo que no dejó de sorprenderle mucho.

—Oh, mi señor —dije entonces—, por Dios que está sobre ti, no me guardes rencor por lo que voy a decirte. Te he dado

a conocer lo que me ha sucedido y nada te he ocultado de mis aventuras. ¿Puedes ahora decirme dónde me encuentro, revelarme la causa de tu presencia en este lugar aislado y explicarme, a tu vez, quién eres?

—Has de saber que soy un dignatario real —me respondió—, encargado de la dirección de los establos del soberano que reina en esta isla. Lo llaman el Rey Prodigioso y tiene el título de «Maharaya». Tengo a mis órdenes numerosos palafreneros y gran cantidad de jóvenes servidores. Nos confían los caballos del rey y nuestra tarea consiste en permitir que los sementales de la mejor raza preñen a las yeguas. Cada año, en esta estación, traemos aquí las yeguas cuyo ilustre origen conocemos y las atamos a estacas, como ya has visto. Trabajamos en orden disperso, en distintos lugares de esta isla, pero siempre cerca de las costas. En cuanto hemos tomado estas disposiciones, corremos a ocultarnos bajo tierra. Se acerca entonces a cada yegua un caballo marino. Se lanza sobre ella, la monta, la cubre y lanza en ella su simiente. Cuando el asunto ha terminado, vuelve a apoyarse en sus patas y procura entonces empujar a la yegua para que lo siga. Pero ésta se encuentra prisionera de la estaca a la que tuvimos la precaución de atarla, y el caballo no tarda en comprender que no podrá conseguir sus fines. Intenta entonces matarla cerrando sobre ella sus mandíbulas, procurando alcanzarla en el cuello para ahogarla. En ese instante salimos de nuestros agujeros para lanzarnos sobre él, prorrumpiendo en grandes gritos y haciendo tanto ruido como podemos con nuestras armas. Al vernos, el animal se asusta y corre a buscar en el mar su salvación. Y ya sólo nos queda recuperar nuestras yeguas: tenemos con ellas el mayor cuidado y no dejamos de tratarlas así hasta que dan a luz un potro. Éste crecerá bajo nuestra vigilancia, hasta convertirse en un soberbio caballo de la especie marina, destinado a servir de montura a nuestro rey.

»Mira, estamos hoy llegando al final de nuestra estancia en este lugar. Todos esperamos al caballo de mar: el momento de su llegada se acerca. En cuanto haya prestado el servicio que de él esperamos, te tomaremos con nosotros, si Dios lo quiere, y nos acompañarás a nuestro país. Sabe, en efecto, que si no nos hubieras encontrado, no habrías hallado a nadie en tu camino: nunca hubieras podido llegar a un lugar habitado por los hombres; habrías muerto de tristeza y nadie lo habría advertido, pues la distancia a recorrer es grande y nadie conoce la ruta.

Mientras hablábamos así, espionando la ribera, he aquí que un caballo salió súbitamente de las olas, brincando como un león en busca de su presa. Tenía una estatura mayor que la de los caballos ordinarios, y las patas más anchas y poderosas. Se acercó a la yegua atada y saltó sobre ella. Cuando hubo acabado de empitonarla y recuperó el equilibrio, comenzó a empujarla sin miramientos, intentando, estaba claro, obligarla a seguirlo. Entonces, mi anfitrión, que seguía oculto en la entrada del subterráneo, lanzó un gran grito. Al oír la alerta, sus compañeros salieron a su vez de los escondrijos y corrieron hacia el semental, blandiendo lanzas y formando un gran estruendo. El animal no tuvo otro recurso que emprender la huida como un camello excitado y regresó a la mar.

Mi compañero, mientras, reunía a los suyos con voz fuerte, y pronto fueron numerosos los que se agrupaban a su alrededor, llevando cada cual una yegua de la brida. Después embarcaron en unos bajeles y emprendieron el camino de regreso. Yo había aceptado permanecer en su compañía, y no dejamos de bogar hasta que hubimos llegado a Java, la ciudad de ese rey que se hacía dar el título de Maharaya.

El rey se había alegrado mucho de la llegada de los caballos. Lo pusieron al corriente de mi historia, y fui invitado a

comparecer ante él. Me dio la bienvenida y consintió en informarse de mi estado, así que le di parte de mi aventura, que pareció maravillarlo mucho. Luego hizo que me entregaran presentes y dio orden de que se redactase un acta estipulando que no se pusiese obstáculo alguno a mis desplazamientos, estableciendo, incluso, que se me entregaría diariamente una asignación que me permitiese cubrir mis necesidades en alimento y vestidos. Tuve así el placer de cobrar unos emolumentos regulares que bastaban por completo para mi mantenimiento. Visitaba todos los días al rey y encontraba a su lado a los sabios y los gobernantes de la India. Todos me interrogaban, al igual que el soberano, sobre las condiciones de vida de mi país, y no dejé a mi vez de preguntarles sobre las particularidades de sus regiones.

No tardé en sentirme cómodo en el trato con aquella sociedad, feliz de vivir en una atmósfera tan propicia para el desarrollo de mi carácter curioso. Pero he aquí que cierto día encontré junto al rey a un grupo de personas en las que reconocí a unos mercaderes de la India. Me dieron numerosas informaciones sobre su país, diciéndome especialmente que allí vivían poblaciones de razas muy distintas unas de otras, aunque organizadas según un principio de separación social muy riguroso. Uno de esos grupos sociales reunía a los Chankariyya: constituía la casta más noble de los habitantes de la India. La conducta de quienes forman parte de ella está, al parecer, exenta de cualquier espíritu de tiranía para con los inferiores y se asegura, incluso, que esa gente ignora hasta la envidia. Otro grupo reúne a quienes denominan «especuladores»¹, casta cuyos miembros no beben nunca vino. No por ello dejan de cultivar la alegría, que acogen con corazón límpido, los placeres de toda clase

1. Se trata de los brahmanes. (*N. del E.*)

y esa embriaguez que suele procurar la música. Supe así mil cosas: me aseguraron que en todas las regiones de la India se encuentran caballos y camellos en abundancia, así como el ganado que hay por lo común en nuestro país; supe finalmente, por boca de aquellos mercaderes indios, que los habitantes de esas regiones no se distribuyen en menos de cuarenta y dos grupos religiosos.

Sabed que durante mi estancia en los países de ese rey tuve ocasión de visitar otra isla que respondía al nombre de Kalabiya. Se escucha allí el constante redoble de tambores y tamboriles, y la gente canta tanto de día como de noche, acompañándose con instrumentos de música. Los marinos cuentan que los habitantes de ese paraje son partidarios de la libertad de discusión y de opinión en materia religiosa.

Debo decir, también, que gracias a mis peregrinaciones por aquellos mares tuve un día la ocasión de divisar un pez de unos doscientos codos de largo. Los navegantes lo temen más que nada cuando llegan a encontrarlo en su camino, y entonces se apresuran a golpear repetidamente pedazos de madera, tambores y utensilios de cobre cuyo ruido basta para poner en fuga al monstruo: si acabara acercándose un poco más al navío, en efecto, no dejaría de atacarlo y abriría en él vías de agua. Pude ver por fin, en los mismos mares, peces de un codo de largo cuya cabeza era parecida a la del búho. Este primer viaje me hizo descubrir otros muchos fenómenos extraños o prodigiosos, pero su cantidad es tal que yo mismo tendría grandes dificultades para enumerarlos o describirlos.

Mi estancia en la ciudad de la que he hablado duró cierto tiempo. El rey me había nombrado prefecto del puerto, cargo que consistía en inspeccionar las mercancías que llevaban hasta aquellas regiones los navíos de comercio. Desempeñaba por otra parte, en la corte, las funciones de encargado de

las súplicas dirigidas al soberano, y debía ocuparme al mismo tiempo de la conciliación entre las partes que se oponían con ocasión de algún conflicto.

Durante todo el tiempo que traté los asuntos del rey buscando lo que mejor le conviniera —tiempo en el que recibí de su parte ventajas que me fueron útiles—, fui en su casa poderoso y honrado. Interrogaba yo, una vez tras otra, a los mercaderes y los viajeros, pidiendo noticias de Bagdad con la esperanza de encontrar a alguien que me hiciera posible regresar a mi país. Pero en toda aquella región no descubrí a nadie que conociera mi ciudad o hubiera oído hablar de ella.

Cierto día me dirigía, según mi costumbre, hacia la orilla del mar, cuando vi un navío llegando a puerto. Parecía ir cargado de una multitud de mercancías. Los mercaderes presentes en el barco comenzaron, en efecto, a desembarcar en el muelle toda la carga que luego, según la costumbre, tendrían que transportar hasta la ciudad. Me adelanté para elaborar la lista de lo que se descargaba y, sobre todo, tomé buen cuidado de anotar todas las informaciones que me proporcionaban las inscripciones que había en los fardos, donde constaban fielmente los nombres de los propietarios.

Cuando la labor hubo terminado y todos pusieron pie en tierra, el capitán avanzó hacia mí y me dijo:

—Oh, mi señor, nos quedan aquí unos fardos cuyo propietario murió ante nuestros ojos en una de las islas donde abordamos. Nuestra intención es vender las mercancías de nuestro colega difunto y guardar su precio para entregárselo, en cuanto estemos de regreso, a su familia y a sus hijos.

—¿Cuál es el nombre del mercader muerto? —pregunté.

—Su nombre está escrito en los fardos.

Y he aquí que el capitán hizo descargar numerosos bultos; en cada uno de ellos había inscrita esta fórmula: «Depósito confiado a nuestros cuidados por Simbad el Marino».

Ante esas palabras no pude contener un grito. Por fin exclamé:

—¡Oh, mi señor! ¡Sabed que Simbad el Marino soy yo! Esas mercancías me pertenecen y son todas mis existencias comerciales.

Al oír esas palabras, el capitán gritó:

—¡Por Dios el Muy Grande!, está claro que hoy no se puede confiar en nadie. Vimos con nuestros propios ojos cómo se ahogaba en el mar ese hombre del que hablas, y ahora resulta que tú, aun pretendiendo ser el más honesto de los hombres, acabas profiriendo ante nosotros una mentira con el único objetivo de apoderarte de riquezas que no te pertenecen.

—Oh, mi señor —repliqué—, ten paciencia, te lo ruego, y escucha mis palabras.

—¿Qué debes decirme?

—¿Acaso no abandonamos cierto día, nosotros, los mercaderes, ese navío para disfrutar de algún reposo en una isla, en ese lugar de nuestro recorrido? Recuérdalo: la isla comenzó a moverse, y uno de los que se habían quedado a bordo nos gritó: «¡Buena gente, volved pronto al barco, de lo contrario vais a ahogaros!». Algunos de nosotros pudieron salvarse, otros se hundieron. Por lo que a mí respecta, sabe que me quedé en la isla mientras se hundía en el mar. El Dios Altísimo me mantuvo indemne y me salvó de ahogarme colocando al alcance de mi mano una tina de madera que mis compañeros habían utilizado para lavar su ropa. Y, algo más tarde, una ola entre otras me arrojó a las costas de una isla.

Le conté luego mi encuentro con los palafreneros del rey Maharaya, y cómo éstos me habían sacado del apuro llevándome con ellos a esta parte del continente. Le hice comprender que sin ellos habría perecido en la isla. Y, para terminar, le mencioné el nombre de los mercaderes que se habían encontrado conmigo en su navío.

Terminado mi discurso, el capitán me contempló con atención. Debo decir que mi aspecto exterior, en el transcurso de las tribulaciones que había tenido que soportar, se había modificado mucho. Pudo, a pesar de todo, asegurarse de que estaba tratando conmigo, Simbad el Marino, y tras haberme reconocido me estrechó en sus brazos y me besó. Después, todos los pasajeros del navío se reunieron a mi alrededor y, habiéndome reconocido a su vez, se alegraron de mi salvación y exclamaron:

—¡Gracias sean dadas a Dios por haberte salvado! Por Dios que no sabíamos qué pensar de lo que había podido ser de ti. He aquí tus existencias comerciales. Toma de nuevo posesión de ellas.

Pude así volver a echar mano a todas mis mercancías. En los tratos que había podido realizar a comienzos de mi viaje, yo había multiplicado ya por diez el valor de mis existencias. ¡Y ahora recuperaba mi dinero y mis fardos! Saqué de uno de ellos un objeto de valor para regalárselo al capitán, pero éste se negó a aceptar nada.

—Tu salvación nos basta como recompensa —me dijo—. Estamos felices de volver a verte indemne; no queremos en modo alguno ocasionarte ningún gasto suplementario.

Le di las gracias y lo alabé por su conducta.

Hice entonces abrir otro de mis fardos, del que saqué un objeto raro al que atribuía un gran valor, y fui a ofrecérselo como presente al rey Maharaya. Le comuniqué entonces que el capitán mercante que me acompañaba era, precisamente, el del navío donde yo iba embarcado cuando naufragué, y que todas las mercancías que eran de mi propiedad, y de las que tan a menudo había tenido ocasión de hablarle, acababan de serme restituidas. El monarca pareció alegrarse mucho por esa noticia, que por otra parte no dejaba de sorprenderlo. Mi sinceridad se demostraba ahora de un modo evidente. Me colmó de honores y me regaló, a su vez, gran cantidad de productos de su país.

Los mercaderes, por su lado, habían aprovechado para procurarse en la ciudad numerosas especialidades que podían convenir a la vida en Bagdad. Por mi parte, conseguí vender a buen precio el contenido de mis fardos, logrando una vez más un notable beneficio a cambio del cual no dejé de adquirir, también yo, muchos productos y géneros específicos del lugar. Finalmente, cuando los mercaderes decidieron reemprender su viaje, me presenté en casa del rey para decirle adiós. Me hizo de nuevo presentes y me dijo:

—Oh, Simbad, te echaremos en falta.

Rogué a Dios que lo protegiera, le besé la mano y me despedí de él.

Me embarqué en compañía de mis amigos mercaderes y pusimos rumbo hacia otro paraje de la India. Cambiamos allí parte de los bienes que transportábamos por distintos productos: madera de aloe, madera de sándalo, alcanfor, nuez moscada, clavos de olor, cardamomo, canela, cubeba, jengibre... Luego, no dejamos de dirigirnos de una isla a otra y de un mar a otro hasta que estuvimos de regreso en el puerto de Basora. Desembarcamos allí, felices por haber regresado sanos y salvos a nuestro punto de partida. Me quedé muy poco tiempo, pues estaba impaciente por ponerme en camino hacia Bagdad. Llevaba conmigo una fortuna que superaba las cien mil monedas de oro, sin contar las mercancías, los paños y los objetos preciosos que tenía.

Una vez de regreso en mi casa, me encontré gozoso con los miembros de mi familia, mis hermanos y todos los compañeros. Me apresuré a comprar esclavos, hombres y mujeres, inmuebles, tierras, todo de calidad mucho mejor que lo que había podido poseer antes de mi viaje. No salía ya de mi mansión, viviendo en ella días felices y haciendo mi botín de placeres de toda suerte, y no tardé en olvidar las dificultades y las penas que había tenido que soportar.

Tales son los acontecimientos que viví durante mi primer viaje.

★ ★ ★

Cuando Simbad el Marino hubo acabado de contar su historia, todos los que estaban presentes manifestaron su asombro. Luego, el dueño de la casa ordenó que se ofrecieran manjares y bebidas. Cada cual se complació mucho en esa comida y hubo verdaderos arrebatos de alegría. Cuando la reunión llegaba a su fin, Simbad el Marino pidió a su tesorero que hiciera entregar cien mithqals¹ de oro a Simbad el mozo de cuerda. Simbad el Marino dijo entonces a su huésped:

—Ve ahora a tu domicilio, pero vuelve aquí con nosotros mañana mismo para compartir nuestro alimento. Podrás así escuchar la historia de las aventuras que viví durante mi segundo viaje.

Simbad el mozo de cuerda le dio las gracias, invocó a Dios en su favor y regresó a su casa muy alegre y con un gran regocijo. Contó su aventura a su esposa, y toda la familia se alegró mucho. Por fin iban a poder procurarse una gran abundancia de provisiones, tal que les permitiría variar agradablemente lo habitual de su menú.

—¡Alabanzas a Dios —exclamaron—, que nos ha permitido conocer a ese hombre!

Pasaron una noche feliz. Al día siguiente, al alba, Simbad el mozo de cuerda se levantó y se dirigió al mercado, donde compró todo lo que la familia necesitaba; se procuró también abundantes provisiones para el consumo de la jornada y luego se encaminó a la casa de Simbad el Marino.

1. Unidad de peso equivalente a 4,25 gramos. (*N. del E.*)

Un servidor lo aguardaba de pie en el umbral de la puerta. El criado le indicó que lo siguiera y lo condujo hasta los aposentos. Cuando Simbad el mozo de cuerda hizo su entrada en el salón, los demás comensales estaban ya instalados. El recién llegado saludó y presentó sus respetos a su alrededor, llevándose la mano a la frente y luego al pecho; hizo invocaciones a Dios en favor de todos e imploró la misericordia del Altísimo para los difuntos. Simbad el Marino le rogó que se acercara, alegrándose sinceramente de su presencia, y le indicó un lugar a su lado, invitándolo a sentarse. Las hermosas muchachas de la víspera se reunieron entonces en torno a los invitados, que comenzaron todos a comer y beber, charlando alegremente y lanzando exclamaciones, entregados al placer de saborear las buenas cosas que se les ofrecían e impacientes por tomar como recompensa aquella ocasión de voluptuosidad y goce. Cada cual tuvo así su buena parte de las delicias ofrecidas.

Luego, Simbad el Marino se dirigió a la concurrencia con las siguientes palabras:

—Escuchad en silencio el relato de lo que me sucedió durante mi segundo viaje. Y sabed que las aventuras que conocí en esa ocasión resultaron más temibles aún, más sorprendentes y más extrañas que las que había vivido durante mi primer periplo.